

Alfonso  
Chase



## Periodistas y escritores

Quiero señalar esos puntos de contacto que existen entre los periodistas y los escritores costarricenses. Esa misión, conjunta, entre estas dos esferas del trabajo diario, que han conformado nuestra historia de muchas maneras. Debo decir que los escritores costarricenses, desde el inicio del periodismo en nuestra patria, han sido periodistas: el poeta Rafael Carranza en 1885, aparece como director del diario *La Chirimía*, Aquileo Echeverría dirige el diario *Bocacío* en 1887, Rómulo Tovar dirige varios años el periódico *La República*, fundado en 1885, Juan Fernández Ferraz y Roberto Brenes Mesén son los directores de *La Prensa Libre* y el poeta Pío Víquez, funda y dirige *El Heraldo* en 1890. Aquileo Echeverría aparece fundando y dirigiendo el diario *La Patria*, en 1895, y el diario *El País* fundado en 1901, se dan cita los escritores Roberto Brenes Mesén, Manuel González Zeledón, Agustín Luján. José Albertazzi Avendaño dirige *El Diario de la Tarde* en 1915 y Rogelio Fernández Güell, dirige, edita y polemiza desde *El Imparcial*, en su cuarta etapa de 1915. *La Prensa*, en 1919, esta dirigida por Vicente Sáenz, el gran escritor antimperialista, y don José Fabio Garnier, funda y dirige el periódico *El Hombre Libre*, en 1919.

Podría seguir, interminablemente, hablando de la influencia de los escritores nacionales en los diarios costarricenses, siguiendo las ideas esbozadas por don Joaquín García Monge en esa página admirable escrita en 1925, que él llamó: *Como Haría yo un diario a los costarricenses*. También convocaría el pensamiento de nuestra Carmen Lyra, directora intelectual del periódico comunista "Trabajo", fundado en 1931, y desde donde tantas luchas se llevaron para el rescate de la soberanía nacional, la defensa de nuestros valores o la difusión de las ideas del partido de la clase obrera.

Por eso no me extraña que libros de autores nacionales vengán esta noche a entregarse en el hogar de los periodistas costarricenses. Es un homenaje y una restitución a esa relación que debe existir entre los creadores costarricenses y los periodistas nacionales, como clase, y como grupo preocupado también por la erosión de muchos valores fundamentales que han ido configurando nuestra historia. Encuentro natural que esta directiva del Colegio de Periodistas se preocupe de la cultura. Que abra las puertas a Olga Espinach con su obra de casi treinta años en favor del arte nacional, que le ha dado muchos sinsabores y muy íntimas alegrías, porque responde a la obsesión de esta mujer empeñosa por darle a nuestros jóvenes un estímulo a sus inquietudes artísticas.

Por eso no es novedoso que el Colegio de Periodistas se habra para entregar un libro de los compañeros Samuel Rovinski, Jorge Debravo, Nora Ramírez o Alfonso Chase. Creo que todos los que escribimos somos un poco periodistas y todos los periodistas son también lo suficiente creadores como para intentar en determinado momento de sus vidas, la suerte literaria. Personalmente mi generación está muy ligada al periodismo porque nuestros primeros trabajos se publicaron en el diario *La República*, al comenzar los años sesenta. Estimulados después por la presencia de Orlando Núñez Pérez, tuvimos una página literaria los domingos, en donde dimos a conocer nuestras inquietudes y nuestros amores y también nuestras divergencias. Norma Loaiza estimuló en nosotros la publicación de crónicas y reportajes e Inés Trejos y Carlos Franck, divulgaron la obra de los jóvenes escritores que en la década de los sesenta balbuceábamos nuestros primeros poemas, los textos que escribíamos en la sombra y que la tinta hacía testimonio, presencia viva. Julio Suñol, desde el *Diario de Costa Rica*, siempre publicó nuestras colaboraciones, sin sectarismo y con generosidad, aún en momentos en que las diferencias de pensamiento eran notables, por lo divergentes.

Para nadie es un secreto mis peleas con ciertos sectores de la prensa nacional. Siempre he hecho gala de esas diferencias porque fui enseñado a no permanecer callado cuando podía gritar mi verdad. Mis divergencias muchas veces han sido con las empresas y casi nunca con los periodistas porque sostengo, y lo seguiré sosteniendo, que muchas de esas empresas representan intereses antipopulares y reaccionarias, según mis creencias y mis ideales.

Mi promoción, si es que existe aún como presencia literaria en nuestra patria, y no como efímera presencia de individualidades, nace de estos escritores — periodistas de que he hablado. Mis maestros han sido don Joaquín García Monge, Carmen Lyra, Vicente Sáenz, entre los fundadores de nuestra literatura y entre los continuadores de la obra de los maestros tengo aprecio y respeto profundo por la obra de José Marín Cañas, Yolanda Oreamuno, Carlos Luis Fallas, Fabián Dobles y Adolfo Herrera García. Me gusta señalar siempre ese respeto por la obra de esos escritores que siento presente entre mis cosas, porque entiendo que mi promoción literaria se enraza en lo nuestro, allí donde la literatura nace en el 1900, florece en los años 1930 y 1940, y se adormece a partir de esta fecha, entendido este adormecimiento como una actitud

pasiva ante la sociedad, el hombre, el mundo. Quienes escribimos hoy día estamos en la obligación de sacudir la modorra ciudadana con nuestras creaciones, con nuestras actitudes, con nuestros artículos. Y allí encuentro que los más jóvenes escritores debemos ser un poco reporteros de nuestro pueblo, enraizarnos y penetrar en lo nuestro para descubrirlo, para hacerlo nuestro y proyectarlo sobre los demás. Debemos ser antena de nuestro tiempo, emisión de lo que sucede en Sagrada Familia o en Lomas de Ayarco, con categoría artística, pero con notable valoración del habla popular, de la expresión de nuestro pueblo por medio del lenguaje oral, que enriquece y depura el lenguaje pseudo-literario de muchos escritores.

No temo a lo que algunos, por desconocimiento o maldad, llaman el rufianismo en el lenguaje. Temo, eso sí, al rufianismo del espíritu, a la alcahuetería del alma, a la maldad de la indiferencia. Si aceptamos lo que dice el diccionario de la palabra rufián, más bien la podemos referir a esos señores de hablar decente, de modales atildados y de hipocresía en sayada que ocultan con bellas palabras la pequeñez del espíritu, la alcahuetería política y la vergüenza ideológica. En estos años los escritores debemos rescatar de nuestro pueblo el lenguaje oral, los giros más audaces, las expresiones más fuertes. No lo digo como una autojustificación, sino más bien como una obligación. Sólo así podemos saber cómo piensa, actúa y se expresa nuestro pueblo. Tengo muy claro que cuando el compañero escritor Carlos Luis Fallas presentó su novela *Mamita Yunai* al conocimiento de un jurado de literatos, estos dijeron que esa obra no era una novela, sino más bien un reportaje periodístico, porque el compañero Fallas había estado en las bananeras, en las zapaterías, en las cantinas y las gentes de su novela hablaban como bananeros, zapateros, borrachos.

Me siento satisfecho de que mi libro de narraciones me sea entregado en el Colegio de Periodistas de Costa Rica, porque tengo con ellos convergencias y divergencias que me hacen sentirme un escritor libre. Porque esta Junta Directiva quizá entienda que hasta que los redactores tengan una participación completa en las juntas directivas de sus diarios y en las utilidades de las empresas, se podría hablar de auténtica libertad de prensa, tal como yo entiendo ese concepto. Esa es una lucha importante que los periodistas costarricenses lograrán algún día y en la que encontrarán a la mayoría de los escritores nacionales de su lado.

No puedo hablar de este libro que hoy me entregan. Me he dado cuenta que apenas me pertenece y que se ha echado a caminar para que Uds. le reciban con simpatía, con recelo, con odio y con amor, tal como he querido yo que se expresen las gentes que pululan por sus páginas.

Yo en mi libro he tratado de hacer lo que don Joaquín García Monge dijo de ese diario que él soñaba en 1925: Me regocija un diario que agite ideas, que sacuda indolencias mentales y políticas, inercias sociales, hostilidades, disimulos y cobardías.